

ser igualado: todo había de contribuir á su éxito, particularmente aquello que daba materia á la crítica, porque sus atracciones retozonas, al despojarla de su gravedad, habían de convertirla en la cosa más encantadora. Su fama atrajo á los pueblos, pero sobre todo atrajo á los reyes y á los príncipes.

A ella acudieron todos. Los primeros que la visitaron fueron el rey y la reina belgas, la reina de Portugal, la gran duquesa María de Rusia y el príncipe Oscar de Suecia; después comparecieron el príncipe de Gales y un joven príncipe japonés, hijo del *Taichún*. En un principio, los regocijos adolecieron de cierta frialdad á consecuencia de los rumores belicosos que, aunque cada vez más debilitados, aún se percibían; y en parte por el temor de angustias futuras, en parte por el recuerdo, vivo todavía, de angustias pasadas, subsistía la sensación de la guerra. Pero muy pronto se anunció el próximo viaje del emperador Alejandro y del rey Guillermo, y ante esta noticia, renació en absoluto la confianza. ¡Cómo no contar con la paz si iban á ser nuestros huéspedes los únicos que podían turbarla!

El zar llegó el 1.º de junio y en su recepción no faltó ninguna pompa oficial; el recibimiento, sin embargo, fué más bien cortés que caluroso, porque aún se recordaban Polonia y sus infortunios. El cortejo, que salió de la estación del Norte, se dirigió al centro de la ciudad sin pasar por el bulevar Sebastopol: en las calles de la Paz, de Castiglione y de Rívoli, las aclamaciones fueron más nutridas, pues las tiendas de lujo de aquellos barrios vivían principalmente de la clientela rusa y un celo interesado había multiplicado allí los adornos y los emblemas. Después de un alto en las Tullerías, el monarca fué conducido con la misma suntuosa pompa al palacio del Eliseo, en donde tenía su alojamiento; y llegada la noche, apresuróse el príncipe á quitarse el uniforme y se fué al teatro de Variedades, en donde se representaba una opereta, *La gran duquesa de Gerolstein*, de la que se hablaba hasta en las orillas del Neva. Era, según se decía, una sátira pasmosa representada por actores más pasmosos todavía, que divirtió muchísimo al emperador y á sus hijos los grandes duques.

Desde entonces las fiestas no se interrumpieron: el día 2, visita á la Exposición; el 3, carreras de caballos en Longchamp; el 4, banquete en las Tullerías y función de gala en la Opera. Pero á la alegría mezclábase algunas aflicciones; aquel año fué ciertamente el año de los contrastes. El mismo día en que Alejandro entró en París, supose de un modo indudable que Querétaro había caído en poder de los juaristas y que Maximiliano, rendido á discreción, no podía confiar más que en la clemencia de sus enemigos. Otra imagen importuna perseguía al zar, la del pueblo á quien tan rudamente había castigado hacía poco tiempo. En una ocasión en que se dirigía al palacio de Cluny, había podido percibir el soberano, al través de los rumores de la multitud, protestas bastante claras en favor de Polonia; y este incidente se reprodujo en el Palacio de Justicia, esta vez con las proporciones de un insulto: de un grupo de abogados salió un grito estentóreo de «¡Viva Polonia! (1).» «¡A la calle!» gritaron otros individuos diri-

(1) Este grito fué dado por M. Carlos Floquet, futuro presidente de la Cámara y ministro. (N. del T.)

giéndose á los manifestantes y queriendo protestar contra aquel olvido de las leyes de hospitalidad. Pero desgraciadamente el príncipe y los que le acompañaban creyeron que la segunda exclamación también iba dirigida contra ellos, y lo que hubiera debido ser una reparación de la injuria sirvió, al contrario, para agravarla. El zar regresó al Eliseo sumamente irritado.

En la reunión de soberanos faltaba el rey Guillermo, el cual salió de Berlín el 4 de junio, y al día siguiente, á las cuatro, llegó á París, habiendo podido contemplar, antes de llegar á la estación, desde la ventanilla del tren imperial, las alturas que él había ocupado en 1814 cuando la capital hubo caído en poder de los aliados. En el andén le esperaba el sobrino de aquel á cuyo destronamiento contribuyera, el hombre á quien tres años después había él mismo destronado. A pesar de los antiguos recuerdos y de las querellas recientes, la presentación no fué violenta, pues el rey era de carácter conciliador y Napoleón magnánimo por naturaleza. Iguales honores que se habían tributado al zar se dispensaron al monarca prusiano, á quien se tenían preparadas habitaciones en el pabellón Marsán; el cortejo se encaminó á las Tullerías, sin evitar entonces el paso por el bulevar Sebastopol. El lenguaje de la prensa y la circunstancia de estar tan frescas en la memoria de todos las disputas apenas zanjadas, habían hecho temer que se produjeran manifestaciones descorteses; pero nada justificó tales alarmas y la acogida de que fué objeto Guillermo resultó mejor que la que tuviera Alejandro. Bismarck había vacilado durante mucho tiempo en acompañar á su soberano; mas cuando se enteró del rumor que atribuía sus perplejidades al miedo, celoso de desmentir tal suposición, decidió inmediatamente su viaje y comunicó su resolución al Sr. Benedetti. En el cortejo ocupaba el segundo coche, detrás del regio, y como las fotografías y los grabados de los periódicos habían desde hacía tiempo popularizado sus facciones, la gente de las aceras y de los balcones lo reconoció en seguida y unos á otros se señalaban á aquel hombre de porte altanero, impasible, vestido con el uniforme de los coraceros de la Landwehr. Completamente distinto era el rey, de aspecto bondadoso aunque marcial, que sonreía á la multitud con solícita sencillez, encantado de un recibimiento que él esperaba que fuese apenas cortés y que era casi caluroso. Pero las miradas no se dirigían al soberano más que para fijarse en el ministro: éste era realmente el personaje enigmático de aquellas fiestas, el hombre misterioso y terrible cuya fisonomía se esforzaban todos en interpretar, cuyos propósitos quería penetrar todo el mundo, y que era quien tal vez escribiría en los muros de la Francia entregada por completo á las fiestas las palabras del festín de Baltasar.

VII

Como para el rey Guillermo no había espectáculo comparable á una revista militar, habíase preparado una que había de ser memorable.

Para celebrarla habíase fijado el 6 de junio y todo debía contribuir á que fuera famosa. ¡Famosa! Lo fué, sí, por la presencia de los soberanos, por el gran número de tropas reunidas y por la solemnidad del momen-

to, pues había sonado la hora de la transición entre la antigua organización militar y la nueva, la hora en que comenzaba á dudarse, en voz baja, muy baja todavía, de Francia. Consiguió además una celebridad inesperada, gracias al trágico suceso que á ella puso término.

Desde la víspera, los cuerpos de las guarniciones más apartadas habían sido llamados á París, y de Compiègne, de Meaux, de Fontainebleau y de Melún, habían acudido á la capital carabineros, coraceros, lanceros y dragones de la emperatriz. Los guías y los cazadores de la guardia habían sido acantonados en la Chapelle-Saint-Denis. En el entretanto, los oficiales de Estado mayor señalaban de antemano en el campo de carreras del bosque de Bolonia el sitio que había de ocupar cada regimiento y se dedicaban á prevenir cualquier retraso y á hacer imposible cualquiera confusión. No se habría demostrado mayor diligencia el día antes de una batalla; y después de todo, ¿no era una especie de batalla aquella grandiosa ceremonia militar que, realizada en presencia de magníficos y temibles huéspedes, había de servirles para conjeturar nuestra fuerza ó nuestra debilidad? A mediodía, todo el ejército, á las órdenes del mariscal Canrobert, ocupaba sus posiciones: componíase aquél de toda la infantería de la guardia, granaderos, cazadores, zuavos, cazadores de á pie y gendarmes; de tres divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la de la guardia, y cuatro regimientos de artillería. Los diarios oficiosos estimaron el total de esas fuerzas en sesenta mil hombres; pero aunque es difícil calcular las tropas en masa, parece probable que el efectivo real no pasó de treinta y cinco mil hombres.

A las dos comparecieron los soberanos: el emperador, algo encorvado sobre su caballo y como de costumbre pensativo, tranquilo y apacible; Alejandro, soberbio, esbelto, muy parecido á su abuelo tal como lo representaban los grabados de 1814; Guillermo, sonriente y cordial, como hombre tan enamorado de los soldados que todos le gustan, aunque fuesen extranjeros, aunque fuesen los enemigos de mañana. Figuraban en el séquito los grandes duques y el príncipe real de Prusia, y algo más atrás, los otros príncipes tan numerosos como lo son los generales en los ejércitos ordinarios; seguía luego el grupo de militares, en el que los había de todas naciones, rusos, prusianos, ingleses, y destacándose sobre los uniformes de Occidente los albornoces de muchos jefes árabes. Los «cient-guardias» formaban la escolta y, según un testigo ocular, ostentábanse «fulgurantes como los dioses de la fábula.»

Cuando iba á comenzar la revista, apareció al otro lado del campo de carreras otra comitiva más modesta: era el príncipe imperial que venía de Saint-Cloud. Tres meses antes había caído enfermo, á consecuencia, según se decía, de un accidente de gimnasia; y habiéndose formado algunos abscesos, que hicieron necesaria una operación, había estado durante algunos días bastante grave para que su estado inspirara inquietud. Y como el tumulto de las fiestas y la atmósfera cargada de las Tullerías habrían dificultado la convalecencia, de aquí que fuese transportado adonde respirara aires más puros. Al presentarse en el terreno de las maniobras, pálido, cojeando algo todavía y llevando impresas en el rostro las huellas de recientes sufrimientos, aquella aparición agraciada y un poco melancólica semejó la

imagen de la debilidad en medio de todas las imágenes de la fuerza. El rey Guillermo, que había llegado el día antes, salió al encuentro del adolescente, y como paternal anciano le atrajo á sí afectuosamente, viéndose entonces al vigoroso Hohenzollern al lado del frágil heredero de los Bonaparte. Esta fragilidad era la del mismo imperio que descansaba sobre un solo niño, el *niño de esperanza*, como decían los imperialistas fieles, que, al perder más adelante á su príncipe, no han podido consolarse nunca más.

Comenzó la revista y luego vino el desfile. Todas estas fiestas militares se parecen, pero aquella se salió de la trivialidad ordinaria, porque en ella apareció por una de las últimas veces el antiguo ejército francés con todas las superfluidades de sus galas, con todas sus coqueterías onerosas y encantadoras, con todas las variedades de trajes y de insignias que, distinguiendo á unos cuerpos de otros, los provocaban á una emulación de valor. Muy pronto, todos aquellos colores habían de confundirse en un matiz uniforme, y la exclusiva preocupación de ser temible había de hacer olvidar el afán de ser magnífico. Los primogénitos de nuestros contemporáneos pudieron contemplar aquel día todo lo que ya no podrá verse más que en los grabados. Los regimientos de infantería desfilaron en el orden antiguo, con los gastadores de espesa barba, largo delantal blanco y gran gorro de pieles; con el tambor mayor cubierto de dorados y el gran penacho en el morrión; con las cantineras de faldas de color de escarlata; con los sargentos formados en línea exterior y conocidos por sus dos ó tres galones; con las compañías distinguidas, granaderos de charreteras encarnadas y cazadores de charreteras amarillas, que iban á la cabeza y detrás de cada batallón. La caballería ofrecía un espectáculo aún más variado por la pintoresca mezcla de portapliques, cordones y morriones de todas clases. Desfilaron los carabineros con su coraza adornada con un sol dorado; los lanceros con su extraño chascás que recordaba los regimientos polacos del primer imperio; los dragones con su levita verde y su peto blanco; y aquel famoso regimiento de los guías que, con sus caprichos aturdidores, con sus liberalidades y sus refinamientos, encarnaba todos los esplendores frívolos, todos los arrebatos desordenados, todas las prodigalidades del segundo imperio. Aquella fué también la revista de los recuerdos gloriosos no empañados por la sombra de ninguna derrota: la artillería arrastraba cañones que los jueces más competentes estimaban como algo anticuados, pero eran los cañones de Magenta y de Solferino; los zuavos, los infantes, los cazadores de á pie tal vez habrían sido sobrepajados por otros ejércitos en cuanto á la severa precisión de las maniobras, pero en sus filas estaban aún, y en número bastante grande, los que escalaran las vertientes de la *Colina Verde*, los que asaltaron el baluarte de *Malakoff*, los que defendieron palmo á palmo las orillas del *Naviglio Grande*, los que cantaron el *Tedèum* en la catedral de Pekín, los que conquistaron una á una las *cuadras* de Puebla; y entre las banderas, muchas habían sido condecoradas por hechos de guerra, honor insigne de que se enorgullecía el regimiento y nada ponía en duda que aquellos estandartes se mantendrían immaculados. Muchas veces, en los días de solemnidad militar, habíase contemplado este espectáculo; se acer-

caba la hora en que ya no podría volver á contemplarse, y era tiempo de que Francia fijara en sus ojos la imagen del mismo, como se fija la de un ser querido á quien pronto se va á perder.

A las cuatro había terminado la revista, que se celebró con un hermoso sol de junio; la multitud se retiraba encantada y tranquila, y hubiera podido creerse que aquella jornada figuraría entre las más brillantes del reinado. Pero de pronto una sombra cubrió aquel cuadro de luz: el emperador y sus augustos huéspedes habían llegado al sitio en donde les esperaban los coches, á uno de los cuales subieron la emperatriz y el rey de Prusia, que fueron los primeros en partir. En otro carruaje descubierto tomaron asiento el emperador, el zar y los grandes duques; y Napoleón, viendo que la avenida de Longchamp y la de la Gran Cascada estaban de tal modo atestadas que era casi imposible ir por ellas, dió orden de torcer hacia la derecha y de tomar otro camino. En una de las encrucijadas, la formada por la carretera de la Virgen y la de los Depósitos, un hombre que se encontraba en las primeras filas, abrióse paso, alargó el brazo y apuntó un arma; en el mismo instante sonó un pistoletazo disparado contra el coche imperial; al mismo tiempo, un caballero, el Sr. Raimbeaux, que iba junto á la portezuela, había sorprendido el movimiento del desconocido é instintivamente, sin darse cuenta del atentado, espoleó á su caballo, el cual recibió el proyectil que le atravesó las narices. La sangre del animal salpicó á uno de los grandes duques y esto hizo de pronto creer que el príncipe estaba herido; durante un momento, la ansiedad fué terrible, pero Napoleón tranquilizó con un ademán á los que le rodeaban, y luego, dirigiéndose al zar, le dijo: «Señor, juntos hemos visto el fuego; ya somos hermanos de armas.» á lo que Alejandro respondió fríamente: «Nuestros días están en manos de la Providencia.» Los soberanos prosiguieron entre aclamaciones su camino hacia París, en tanto que la multitud se apoderaba del asesino, costando á la policía gran trabajo arrancarlo de sus manos. El criminal era un joven polaco llamado Berezowski, que sin rodeos confesó su delito, pero negando que su atentado fuera contra Napoleón. Manifestó que únicamente había querido herir al emperador de Rusia y vengar de esta suerte en él las desventuras de su país.

VIII

Mientras toda la ciudad se encaminaba al bosque de Boloña y Berezowski meditaba su crimen, los salones de la embajada de Rusia se adornaban para una fiesta nocturna en la que se reunirían los reyes y los soberanos. Terminábanse los preparativos cuando se tuvo noticia del atentado y el primer propósito fué suspender la recepción, y aun se aconsejó al zar que abreviara su viaje y regresara á sus fieles Estados; pero el consejo, después de madura reflexión, no prevaleció, pues se consideró que tal conducta parecería hija de la cólera ó del miedo y, además de indigna del zar, sería una descortesía injusta para Francia. No se alteró, por consiguiente, el programa y á la noche empezó el baile; al presentarse Alejandro, franceses y rusos le rodearon solícitos, rivalizando en el entusiasmo de sus demostraciones de afecto, como si quisieran indemnizarle de la

brutal agresión. Todo el mundo pronunciaba un nombre, el del caballero Sr. Raimbeaux, el cual era el héroe del día, que con su sangre fría había evitado el crimen, mereciendo por ello bien de la Rusia y también de su propio soberano, porque Napoleón se mostraba conmovido, indignado como no es decible de aquella violación de la hospitalidad.

Pero Francia se hallaba demasiado entregada á la alegría para que aquella nube no pasara rápidamente; así es que los regocijos continuaron con mayor brillantez todavía: el 8 de junio hubo baile en la Casa de la Ciudad, y el 10 en las Tullerías; á estas recepciones sólo dejó de asistir el representante de una potencia, el



El P. Gratry

de Austria. La dinastía de Francisco José estaba entonces agobiada bajo el peso de desgracias de familia: una archiduquesa se había vuelto loca; un archiduque esperaba en la cárcel á que sus enemigos dispusieran de su suerte, y para colmo de desdichas, otra archiduquesa, la archiduquesa Matilde, acababa de morir, precisamente cuando se disponía á asistir al baile, á consecuencia de habersele incendiado el ligero traje que llevaba puesto. El pueblo austriaco es, de todos los pueblos, el que menos gusta de ideas fúnebres: «La princesa de Metternich dió ayer un baile, escribía uno de sus contemporáneos en 29 de mayo; en verdad la admiro; tiene un corazón de león (1).» Sin embargo, en presencia de tantos infortunios aquel *corazón de león* había tenido al fin que ceder, permaneciendo cerrada por algún tiempo la embajada.

Por brillantes que fuesen aquellos espectáculos, su principal interés dependía de la grandeza de aquellos que eran los huéspedes de Francia. Alejandro permanecía algo taciturno; llevaba grabadas en su corazón las afrentas recibidas, y las atenciones más solícitas, las muestras de respeto más delicadas, apenas lograban borrar el recuerdo de aquellos agravios. En cuanto á Gui-

(1) Doudán, *Lettres*, tomo IV, pág. 92.